



**Asamblea General**

Distr.  
GENERAL

A/44/498  
1° de septiembre de 1989  
ESPAÑOL  
ORIGINAL: INGLES

---

Cuadragésimo cuarto período de sesiones  
Tema 66 del programa provisional.\*

**EXAMEN DE LA APLICACION DE LAS RECOMENDACIONES Y DECISIONES  
APROBADAS POR LA ASAMBLEA GENERAL EN SU DECIMO PERIODO  
EXTRAORDINARIO DE SESIONES**

Carta de fecha 30 de agosto de 1989 dirigida al Secretario  
General por el Representante Permanente de la República  
Federal de Alemania

Tengo el honor de transmitirle la versión inglesa de una declaración gubernamental que formulará el Sr. Helmut Kohl, Canciller Federal, ante el Bundestag alemán el 1° de septiembre de 1989 para conmemorar el estallido de la segunda guerra mundial (véase el anexo).

Le agradecería que tuviese a bien hacer distribuir la presente carta y la declaración gubernamental adjunta como documento oficial de la Asamblea General en relación con el tema 66 del programa provisional.

(Firmado) Hans Otto BRÄUTIGAM

---

\* A/44/150.

Anexo

DECLARACION FORMULADA EL 1° DE SEPTIEMBRE DE 1989 POR EL CANCELIER DE  
LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA ANTE EL BUNDESTAG PARA CONMEMORAR EL  
50° ANIVERSARIO DEL ESTALLIDO DE LA SEGUNDA GUERRA

En el día de hoy recordamos en Alemania, en Europa y en todo el mundo el estallido de la segunda guerra mundial, ocurrido hace 50 años. El aniversario nos impone, en nuestra calidad de representantes libremente elegidos del pueblo alemán, una obligación especial que asumimos con la seriedad que exige la ocasión.

La evocación de la segunda guerra mundial nos colma de dolor y despierta en nosotros un sentimiento de responsabilidad, sobre todo por cuanto que la guerra fue desencadenada por el régimen criminal que por aquel entonces gobernaba Alemania. Nos afligen los sufrimientos indecibles que los alemanes causaron, en nombre de Alemania, a diferentes pueblos y naciones, y lloramos a las numerosas víctimas inocentes de nuestra propia nación.

El conflicto bélico, tal como pretendían quienes lo provocaron, fue una despiadada guerra racista y destructora. Además, cobró unas dimensiones de terror, desconocidas hasta entonces, que no deberían resurgir jamás. En última instancia, la guerra fue fruto de una ideología totalitaria que, en su fanatismo, promovió la idolatría de una raza.

Debemos mantener vivo el recuerdo de la guerra, ya que así lo exigen las víctimas inocentes, y especialmente todas las de la Shoah (un genocidio sin precedentes de judíos europeos), los polacos (contra los que Hitler emprendió una guerra total de sometimiento y exterminio), los cingaros y romanes y el resto de las numerosas víctimas de la tiranía nacionalsocialista.

Lloramos a quienes, bajo la dictadura de Hitler, fueron víctimas de la opresión y la privación de los derechos fundamentales, primero en Alemania y posteriormente en otras partes del mundo; lloramos a las víctimas inocentes de los frentes de batalla y la retaguardia y a quienes fueron objeto de expulsión.

Recordamos asimismo a los millones de soldados de numerosas naciones que perecieron en campos de prisioneros de guerra o volvieron mutilados a sus hogares. ¿Acaso puede alguien olvidar a las madres y esposas que aguardaron en vano el regreso de sus hijos y maridos? ¿Y a los niños que perdieron a sus padres?

Recordar a las víctimas inocentes supone tener siempre presentes los horrores sufridos, los cuales han de servirnos en todo momento de advertencia, sin que quepa atenuarlos al socaire de comparaciones improcedentes. Guardémonos de utilizar a la ligera o con ánimo polémico vocablos tales como "fascismo" o "resistencia" para describir situaciones actuales.

Aparte de la tentación de olvidar el pasado, hay también una tendencia irreflexiva y cruel a apartar la mirada de los sufrimientos actuales. Aprovechemos la ocasión para recordar a los pueblos y naciones a los que se sigue negando una vida digna y libre.

Después de la segunda guerra mundial y las destrucciones ocurridas entre 1939 y 1945, después de Auschwitz y Babi Jar, después de Oradour y Lidice, nuestro mundo ya no podía seguir siendo el mismo. Por ello, hay que examinar constantemente y con actitud crítica las tradiciones y las verdades que parecen incontestables.

La continuidad sólo se justifica cuando entraña una perpetuación deliberada del bien, que nunca puede destruirse. En esa continuidad se incluyen las tradiciones liberales de la historia de nuestra nación, las cuales constituyen la estructura moral sobre la que se asienta la República Federal de Alemania, la sociedad más liberal que jamás haya existido en nuestro suelo.

Por ello, la inmensa mayoría de quienes sobrevivieron a la guerra condenaron firmemente y rechazaron de una vez para siempre las voces que habían alzado, incluso después de 1945, los incorregibles que se negaban a aprender la lección de la historia. Y es que los supervivientes habían sufrido personalmente los efectos de las nefastas doctrinas del pasado y conocían de sobra la devastación que entrañaban.

A largo plazo, el mal no prevalece en la historia, lo que es motivo de esperanza. Así, la historia se impuso a Hitler, quien, como fanático defensor de un Estado racial, había desafiado todas las experiencias históricas. En sólo 12 años su "Reich del milenio" se desvaneció entre escombros y cenizas.

Cierto es que el tirano deslumbró y embaucó a muchísimos alemanes y a un número no desdeñable de extranjeros. Sin embargo, únicamente se juzga a la dictadura nacionalsocialista por sus crímenes, su campaña de destrucción y su genocidio.

Las heridas de la segunda guerra mundial no han cicatrizado aún. Sus rescoldos se mantienen vivos en la conciencia de las naciones y además, han marcado a todos los que fueron testigos de esa época de horror, incluso durante la niñez. Yo mismo no he podido olvidar hasta el día de hoy ciertas imágenes que se grabaron profundamente en mi mente en 1939 - tenía a la sazón 9 años - y en los subsiguientes años de guerra. Recuerdo aún un terrible bombardeo nocturno de mi ciudad natal y los numerosos cadáveres que yacían en las calles y entre los escombros.

Hay otros que guardan un recuerdo vívido de los vagones para ganado de los "trenes de la muerte", atestados de seres humanos, cuyo destino era los campos de exterminio, de los campos de batalla en los que millones de soldados se enfrentaban al miedo, las privaciones y la muerte, de las interminables hileras de niños, mujeres y ancianos de aspecto cadavérico que huían o habían sido expulsados de sus hogares, y de los trenes de refugiados con madres aferradas a los cadáveres congelados de sus hijos.

Todos los inocentes que perdieron sus vidas y quienes sobrevivieron a esos horrores nos sirven de advertencia para que no olvidemos que nuestras acciones han de estar siempre y en todo momento presididas por el respeto a la dignidad inalienable del ser humano y sobre todo de los más débiles.

Preciso es que no se olvide el pasado, sobre todo en Alemania, ya que, pese a su onerosa carga emocional, también ha contribuido a que configurásemos nuestra sociedad de modo responsable y es una condición sine qua non para que podamos proseguir esa tarea en el futuro.

A diferencia de lo ocurrido tras la primera guerra mundial, después de 1945 no cabía duda de quién había sido culpable de la guerra. Hitler la había deseado, preparado y desencadenado. Por ello, debemos oponernos firmemente a que se modifique ese aserto: nos lo exigen la veracidad, la honestidad política y moral y un sentido esclarecido del patriotismo. Y es que la dinámica destructora de Hitler apuntaba, en última instancia, a la propia nación alemana, por cuanto que, al vislumbrarse su completa derrota, intentó que Alemania se hundiese con él en el abismo. Hitler se había referido a una "comunidad nacional", pero en realidad deseaba excluir - no integrar - a numerosos sectores nacionales, obsesionado como estaba por la idea de la raza, a la que subordinaba todo, incluso el concepto de nación.

Hitler invocaba a la "divina Providencia", pero en realidad deseaba destruir las creencias religiosas y la ética cristiana. Lo único que contaba para él era su propio despotismo, no la tradición ética de la cultura europea.

Hoy observamos complacidos que la libre sociedad de la República Federal de Alemania está totalmente alejada de los objetivos de los déspotas nacionalsocialistas. Gracias a los esfuerzos conjuntos que hemos desplegado a lo largo de más de 40 años, hemos configurado una república defensora de la libertad y la paz que goza de gran estima en todo el mundo. La República Federal de Alemania se asienta precisamente sobre los valores que más repudió Hitler y contra los que combatió afanosamente.

## II

Los hombres y mujeres que deliberaron sobre la Ley Fundamental, nuestra constitución, en el Consejo Parlamentario, eran plenamente conscientes de ese contraste y actuaron a la luz de su propia experiencia. Habían sido testigos de la aparición del nacionalsocialismo, pero muy pocos de ellos habían llegado a imaginar hasta dónde habría de llegar, a la larga, la dictadura de Hitler. Por lo tanto, su lema era "principiis obsta". De hecho, el desastre no había empezado en 1939, sino varios años antes, incluso antes de 1933. Con el paso del tiempo, se hizo cada vez más difícil detener y hacer perder terreno a unos acontecimientos a los que se podría haber puesto coto en las primeras etapas.

Los orígenes de la segunda guerra mundial nos enseñan también que la única manera de tener algún control sobre el poder, cualquiera haya sido el propósito para que se haya concedido, es contar con los contrapesos adecuados.

No nos proponemos en lo más mínimo reducir la culpabilidad de los gobernantes nacionalsocialistas al señalar en el día de hoy lo siguiente:

- Dentro del país, hubo secciones de las elites sociales y políticas que no cumplieron su cometido. Muchos de esos grupos se habían negado a apoyar la República de Weimar, que era democrática. Más adelante, un número nada despreciable de ellos, algunos hasta el final mismo, albergaron la ilusión de que era posible refrenar el fanatismo de los gobernantes nacionalsocialistas por la vía de la transacción y la cooperación.
- También es efectivo que las Potencias europeas, sin quererlo, contribuyeron a una evolución que de hecho favoreció los planes de Hitler. No habían entendido lo que éste pretendía. El ansia generalizada de lograr "la paz en nuestra era", palabras pronunciadas por Chamberlain en 1938, después de Munich, era, sin duda, fácil de entender, pero no por eso era buena consejera. En ese entonces era fundamental estar siempre alerta para discernir los objetivos del dictador.

Lo único que puede garantizar una paz duradera es un equilibrio general de fuerzas. No obstante, una paz verdadera exige mucho más. Por ello, en nuestra Ley Fundamental reconocemos que los "derechos humanos inviolables e inalienables son la base de todas las comunidades y de la paz y la justicia en el mundo".

La experiencia adquirida en los años entre las dos guerras demuestra que no se puede alcanzar un equilibrio justo si sólo una parte obra con buena voluntad. Los acontecimientos que culminaron en la segunda guerra mundial demostraron a la comunidad de las naciones libres la importancia de estar siempre alerta. Esto sigue siendo válido hoy, pese a que presenciamos actualmente cambios fundamentales en las relaciones con nuestros vecinos del Este y del Sudeste. Todos abrigamos la esperanza de que los alentadores acontecimientos de nuestra época sean duraderos y continúen. Haremos todo lo posible por contribuir a ese objetivo. Los alemanes nos sentimos especialmente obligados a hacerlo, en buena parte debido al pacto de 1939 entre Hitler y Stalin. Somos conscientes de la responsabilidad especial que recae en nosotros por el hecho de que Hitler invadiera a Polonia tras concertar ese pacto, descrito por muchos como satánico. De esa forma, Polonia fue la primera víctima de la guerra de racismo y aniquilación de los nacionalsocialistas.

Los acuerdos a que se llegó en ese entonces fueron una conculcación vergonzosa de la independencia y la integridad territorial de Polonia, los Estados bálticos, Finlandia y Rumania. No había justificación alguna para atentar contra el derecho internacional y, mucho menos, contra el derecho de libre determinación. Condenamos totalmente esa acción, como condenamos también las atrocidades subsiguientes.

En diversas ocasiones el Gobierno de la República Federal de Alemania ha señalado que los acuerdos de 1939 no son jurídicamente válidos para la República Federal de Alemania. Ello significa que el pacto propiamente dicho y los acuerdos suplementarios no justifican de ninguna manera las violaciones subsiguientes del derecho internacional por parte del Reich alemán y la Unión Soviética.

El pacto entre Hitler y Stalin fue producto de la cínica interacción de dos dictaduras. Una de ellas desapareció para siempre el infierno que desencadenó por propia mano. La Unión Soviética se encuentra hoy, 36 años después de la muerte de Stalin, en medio de un doloroso proceso de autoanálisis crítico a la luz de "un nuevo pensamiento".

La segunda guerra mundial fue el comienzo de una evolución de los acontecimientos que culminó, por la fuerza, después de la guerra. Nuestra patria fue dividida. Para los alemanes de la República Democrática Alemana y para muchos pueblos de la Europa central, la Europa oriental y la Europa sudoriental, el final de la guerra marcó el comienzo de una nueva dictadura que reemplazaba a la anterior. Aunque la segunda guerra mundial puede explicar en parte la división de Alemania y de Europa, no puede en absoluto justificarla.

Por esta razón, declaraciones como la formulada en junio por el Secretario General Gorbachev aquí, en Bonn, en el sentido de que está por terminar el período de posguerra, son una fuente de esperanza para todos los pueblos y naciones que han sufrido directamente de resultados de la división de Europa y de Alemania, en la medida en que esas declaraciones lleven implícita la superación, por medios pacíficos, de la situación existente.

### III

Durante muchas generaciones, la Polonia dividida se aferró sin desmayo a la idea de la unidad nacional. Precisamente el recuerdo del destino de Polonia puede ayudarnos a los alemanes a sobrellevar el peso de la división mientras no logremos la unidad y libertad de Alemania en condiciones de libre determinación.

Nos sentimos particularmente hermanados con el pueblo polaco en nuestro común deseo de libre determinación nacional. Władysław Bartoszewski, agraciado con el Premio de la Paz de la Cámara Alemana del Libro y que experimentó en carne propia grandes sufrimientos durante la tiranía nacionalsocialista, no hace mucho ha dicho lo siguiente sobre el particular: "La superación de la división de Alemania también va en beneficio de Polonia. Aspiramos a que haya una democracia en nuestras fronteras del oeste".

El profesor Bartoszewski ha firmado la Declaración conjunta de católicos polacos y alemanes con ocasión del 1º de septiembre de 1989, titulada "Por la causa de la libertad, la justicia y la paz en Europa". También la ha firmado Tadeusz Mazowiecki, el nuevo Primer Ministro de Polonia. Tengo el placer de aprovechar esta oportunidad para hacer llegar al Primer Ministro Mazowiecki nuestros más sinceros votos de ventura en su difícil tarea. Además de desearle éxito, haremos todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarlo a alcanzar ese objetivo.

No cabe duda de que los actuales cambios políticos y sociales que se producen en los países del Pacto de Varsovia encierran la perspectiva histórica de llevar el disfrute de los derechos humanos a todos los europeos a quienes les han sido denegados en los últimos decenios y, por ende, también a todos los alemanes.

Mi Gobierno está firmemente decidido a aprovechar esta oportunidad. Como lo señaló Konrad Adenauer en la reunión de los silesios el 11 de junio de 1961, nuestro objetivo es "que algún día Europa sea el gran hogar común de todos los europeos, un hogar en que reine la libertad".

En la Europa del futuro, las preocupaciones preponderantes deberán ser la libre determinación y los derechos humanos, es decir, la soberanía del pueblo, y no las fronteras ni los territorios. La construcción de Europa habrá de ser terminada en un día no por Estados soberanos sino por pueblos soberanos.

Nunca más deberá Europa seguir la senda desastrosa del humanismo a la bestialidad, por la vía del nacionalismo, como lo predijo Grillparzer en el siglo pasado. Los alemanes, en nombre de Alemania, hicieron objeto de actos terribles al pueblo de Polonia. ¿Quién recuerda todavía en este país que los campos de concentración en suelo polaco tenían también por objeto eliminar sistemáticamente a los grupos más selectos de la nación polaca?

La reconciliación sólo es posible si decimos toda la verdad. Parte de la verdad es de que más de 2 millones de alemanes murieron como refugiados o desplazados. La pérdida de sus regiones natales ha dejado profundas cicatrices en muchos millones de nuestros compatriotas. No debemos dejar de lado esta amarga experiencia, sino aprovecharla como lección. ¿De qué sirve que los alemanes y los polacos arreglen cuentas, como desgraciadamente algunos en este país y en Polonia siguen haciéndolo? Las generaciones venideras nos juzgarán por lo que hagamos hoy para que ellas puedan vivir en paz y en libertad.

La reconciliación y amistad franco-alemanas ilustran cómo se pueden superar hondas diferencias que han existido durante decenios y aún siglos. Nuestra relación con el Estado de Israel y con los judíos de todo el mundo demuestra que se pueden tender puentes incluso sobre abismos.

Aspiramos a que haya comprensión entre los pueblos alemán y polaco. Es nuestro deber promoverlo y coincide con los deseos de las dos naciones. A principios de esta semana el Presidente von Weizsäcker expresó este sentido deseo en el mensaje que dirigió al Presidente Jaruzelski de Polonia. Hoy, 50 años después del comienzo de la segunda guerra mundial, ha llegado el momento de una reconciliación duradera.

Somos conscientes de los amargos sentimientos que surgieron en la guerra contra Alemania en Polonia, en Francia y posteriormente en la Unión Soviética, que debió llorar la muerte de más de 20 millones de personas. La mayor parte de los países europeos sufrieron enormemente a manos de los alemanes. Hoy muchos de ellos no sólo son nuestros asociados, sino también nuestros amigos.

Nos sentimos agradecidos a todos los que, tras la guerra y la tiranía, nos tendieron la mano en señal de reconciliación, sobre todo a la nación estadounidense, que muy al comienzo proporcionó una generosa ayuda en alimentos y en asistencia para la reconstrucción, con lo cual demostró de manera imperecedera un sentido activo de caridad y de visión política. En esos esfuerzos de paz participaron estadistas prudentes como el Presidente Truman y George Marshall, así como muchos particulares.

A este respecto desearía recordar a Joseph Rován, de Francia, quien, pocos meses después de ser liberado del campo de concentración de Dachau escribió lo siguiente: "Cuanto más nuestros enemigos hayan erradicado los rasgos característicos del ser humano, más debemos respetar, e incluso adornar, esos rasgos en ellos mismos".

En los últimos decenios se han dado pasos fundamentales para lograr la reconciliación con Polonia. A este respecto, desearía mencionar muy en especial las diversas iniciativas adoptadas por las iglesias.

El Tratado de Varsovia de 1970, firmado por el entonces Canciller Willy Brandt, fue un paso más en esa dirección. Continuaremos ateniéndonos a la letra y al espíritu del Tratado. En el preámbulo, Polonia y la República Federal de Alemania expresan su voluntad de lograr un futuro pacífico para la nueva generación, que entre tanto se ha hecho adulta, y de sentar "cimientos duraderos para la coexistencia pacífica y el desarrollo de relaciones normales y positivas".

A principios del decenio de 1980, cuando Polonia atravesaba un difícil período, la población de la República Federal de Alemania manifestó su solidaridad con el pueblo polaco proporcionándole espontáneamente una asistencia generosa.

Estoy convencido de que la apertura de la sociedad polaca repercutirá de manera favorable en nuestros esfuerzos. Cuanto más se avance hacia las libertades individuales en Polonia, mayores serán las oportunidades de entendimiento entre nuestros pueblos. Una reconciliación verdadera depende no sólo de la voluntad humana sino también de las circunstancias políticas imperantes.

Los prejuicios y la desconfianza no podrán subsistir cuando se puedan cruzar las fronteras, cuando haya un libre intercambio de información y de opiniones y cuando los seres humanos, sobre todo la generación joven, puedan unirse con los de otros países en condiciones de libertad.

La reconciliación franco-alemana ha tenido tanto éxito no sólo porque descansa en los cimientos comunes de la democracia y del imperio del derecho, sino también porque se ha alcanzado una nueva comprensión mutua gracias al aumento de los contactos y del diálogo entre franceses y alemanes.

#### IV

Cuando se pierde la libertad, rápidamente se pierde la paz, primero en el plano interno y luego, frecuentemente, en el plano externo también.

La dictadura de Hitler y la segunda guerra mundial son advertencias reiteradas del poder de seducción del extremismo o, de hecho, del totalitarismo. El peligro del extremismo está siempre presente, incluso en una sociedad abierta y democrática.

Por ello, es indispensable que un Estado democrático contrarreste esas tentaciones desde el comienzo. Teniendo presentes los antecedentes de la dictadura nacionalsocialista, esto significa proteger a la población mediante el imperio del derecho, para que no se vea nunca expuesta al totalitarismo.

La libertad y la democracia no son principios abstractos. Afectan muy directamente a cada persona, a su libertad personal y su felicidad. Todos unidos debemos garantizar que cada uno de nosotros tenga siempre presente esta realidad.

Es necesario proteger a la población de la ambivalencia intrínseca de una dictadura totalitaria que se manifiesta en la tentación y la violencia, la justicia y la injusticia, la aceptación y la coacción. El régimen nacionalsocialista envolvió a hombres y mujeres de buena voluntad en una red de confusión diabólica, de la cual cada vez se hizo más difícil liberarse.

Se fueron perdiendo las distinciones entre el bien y el mal. La honradez de una persona dejó de ser garantía de una conducta apropiada. No sería, pues, justo, pintar un cuadro en blanco y negro de la generación de nuestros padres y de nuestros abuelos.

Hasta hoy, los alemanes tienen tristemente presente el carácter conflictivo de la vida durante la guerra que desató Hitler. Una de las tragedias de esa época es que la lealtad y el patriotismo de millones de personas, en el frente o en la patria, se utilizaron para fines criminales.

Una consecuencia de la perfidia y la perversidad de los sistemas totalitarios es que deliberadamente ponen a la población en una situación en que prácticamente la única opción es entre la culpabilidad y el peligro.

- Por una parte, están los soldados que lucharon y sufrieron durante la segunda guerra mundial. La mayor parte de ellos abrigaban la convicción honrada de que estaban prestando servicios fieles a su patria. Hubo muchos casos de valentía y grandeza humana que merecen profundo respeto.

Esas actitudes no deben ser menospreciadas o ridiculizadas, porque van unidas a la experiencia de la muerte, el dolor y el temor, y, en muchos casos, a tormentos de conciencia.

- Por otra parte, están los crímenes cometidos por los nazis. No es posible separarlos de lo que ocurrió durante la guerra. En ese entonces muchos sufrieron por esa contradicción.

Cuando hablamos de la destrucción que dejó tras sí el nacionalsocialismo, también debemos tener presente la devastación causada en la mente y el corazón del pueblo. Se trata de una carga emocional no sólo para los que debieron hacer frente a ese dilema, sino también para sus hijos y nietos, que deben tratar de formarse una imagen justa de las generaciones de sus padres y sus abuelos.

Debemos guardarnos de emitir juicios apresurados desde la perspectiva de hoy. ¿Quién de nosotros puede decir con la conciencia limpia que, enfrentado a esas ruerzas del mal, habría tenido el coraje de escoger el martirio? ¿Y quién de nosotros puede sopesar lo que significó en esos momentos arriesgar no sólo la vida propia, sino también las vidas de los miembros de su familia?

La gente de hoy no es mejor ni peor que la gente de esa época, pero no está obligada a tomar decisiones en las condiciones imperantes bajo un régimen totalitario.

Recordamos con gratitud que incluso en el período más oscuro de nuestra historia, durante la guerra y la dictadura, no se pudo destruir el espíritu de humanidad. En todas partes hubo ejemplos conmovedores de ayuda, generosidad y humanidad, con prescindencia de los frentes de batalla.

Hubo hombres y mujeres que opusieron resistencia. Entre ellos, unos cuantos estuvieron al comienzo al servicio del dictador, hasta que comprendieron que, sin duda como la mayoría de los alemanes, habían sido engañados, traicionados y explotados. Tuvieron el valor de cambiar de rumbo y muchos de ellos lo pagaron con la vida.

Sólo la democracia no espera que el pueblo haga algo que normalmente está más allá de sus posibilidades. La democracia ofrece protección de la terrible decisión que exigió la dictadura nacionalsocialista, a saber, convertirse en cómplices, cosa muy sencilla, o demostrar un valor heroico.

Así pues, la memoria de la dictadura de Hitler debe llevarnos a oponer resistencia a cualquier movimiento que prometa la eliminación total de todos los males de este mundo. Los que hacen esa promesa, cualesquiera que sean los portentos que invoquen, ciertamente van en camino de un nuevo desastre. La experiencia no les ha servido de nada.

Los desastres de nuestra historia reciente nos enseñan que no puede haber una situación media entre democracia y dictadura, que no puede haber valores comunes ni transacción moral. Después de todo, la libertad y la opresión son tan incompatibles como el fuego y el agua.

La dictadura puede engañar y deslumbrar, pero sólo la democracia confiere a la persona la libre determinación. La democracia convence por el sentido de moderación, la sensatez y la predecibilidad. Esta prudencia es la razón de su grandeza, y al mismo tiempo la razón por la cual es muy poco atractiva para algunos.

La democracia simplemente no se hizo para una situación de éxtasis constante, sino para la vida normal cotidiana. No está orientada a los actos heroicos o fuera de lo ordinario, sino a lo que es humano y normal en el mejor sentido de la palabra.

Los partidos políticos y el derecho a la oposición son manifestaciones de una democracia viva. Por esta razón Hitler se opuso tan amarga y tenazmente a los partidos; el dictador sabía muy bien que una vez que se eliminaran los partidos, moriría también la democracia.

Debemos recordar con más frecuencia que los políticos más destacados de la posguerra, como Kurt Schumacher, Presidente de la Socialdemocracia, y Andreas Hermes, Primer Presidente del Partido Demócratacristiano, tenían experiencia directa de las cárceles, los campos de concentración e incluso las celdas de muerte de la dictadura nacionalsocialista.

Nuestros conocimientos del período hasta 1933 deben llevarnos a la conclusión de que el extremismo, ya sea de derecha o de izquierda, sólo puede obtener el poder si la población se aleja de los partidos políticos o actúa respecto de ellos con indiferencia.

Es prácticamente imposible evitar el desastre si, además, la élite social y política presta su apoyo, posiblemente con la idea ilusoria de que podrá controlar a los extremistas.

Si nos oponemos a esos acontecimientos desde el comienzo, el extremismo no tiene posibilidad alguna. Pero si los tratamos como algo normal, constituirán una amenaza para la democracia. Nunca es demasiado pronto para luchar contra esas tendencias.

No impongamos una carga excesiva a nuestra democracia; es un bien de gran valor y al mismo tiempo muy frágil. No pensemos que es una panacea para todas las dificultades y problemas de este mundo. Defendamos siempre y en todo lugar la democracia y el imperio del derecho. Son las únicas garantías de la libertad y la justicia para todos. Son la única protección que tiene el individuo contra los peligros del totalitarismo, y es por ello que cada persona debe cuidarlos como cosa propia.

V

La justicia, el respeto del derecho y la seguridad jurídica son tan esenciales para la democracia como el aire que respiramos. Este es el legado de la resistencia alemana. Los que defienden sin vacilaciones el imperio del derecho no se encontrarán nunca en situación de tener que oponer resistencia a los que lo desafían.

El restablecimiento de la justicia, el respeto del derecho y la seguridad jurídica constituyeron los principales objetivos de la resistencia. Ese fue el caso, por lo menos, de la mayoría de los que se levantaron valerosamente contra el régimen nacionalsocialista. Por ello, rendimos hoy igual homenaje a:

el ebanista Johann Georg Elser,

el Coronel Claus Graf Schenck von Stauffenberg,

el Círculo de Kreisau formado en torno a Helmuth James Graf von Moltke,

la Rosa Blanca, personificada por Sophie y Hans Scholl,

personas tan tenaces como Julius Leber y Carl Goerdeler,

y los muchos otros que, por razones de conciencia, se opusieron valerosamente a la tiranía.

Hablar arbitrariamente de resistencia, término vinculado inseparablemente a la dictadura, en relación con los acontecimientos de hoy equivale no sólo a disminuir el verdadero valor de la resistencia alemana, sino también a desvirtuar peligrosamente los hechos históricos.

Al arrogarse el monopolio, los nacionalsocialistas se opusieron ferozmente a todas las filosofías rivales. Cristianos y socialistas, liberales y sindicalistas, conservadores y comunistas, todos eran enemigos para el nacionalsocialismo. Sin la colaboración de personas de convicciones políticas completamente distintas, los alemanes no habríamos podido iniciar esa renovación tan grandiosa después de 1945.

La grandeza moral de la resistencia no depende del éxito o el fracaso. El asesinato de Hitler debía intentarse en toda circunstancia y a cualquier precio. El Coronel Henning von Tresckow, que tuvo gran influencia en los pensamientos y actos de Stauffenberg desde 1943, se expresó de manera particularmente emotiva. Antes de su muerte, describió una vez más la razón principal de sus actos.

"Considero que Hitler es el archienemigo no sólo de Alemania sino de todo el mundo. Cuando dentro de unas horas me presente ante Dios para rendir cuenta de mis actos y omisiones, creo que podré responder con la conciencia limpia respecto de mi participación en la lucha contra Hitler. Así como Dios prometió una vez a Abrahán que no destruiría Sodoma si en la ciudad hubiera diez justos, espero que, por nosotros, Dios no destruya a Alemania."

Tenemos una profunda deuda de gratitud con los hombres y mujeres de la resistencia alemana. También merecen gran respeto los que emigraron, y de esa forma se negaron a apoyar el régimen despótico, y los que se vieron obligados a huir de éste. Algunos de los emigrados, por amor a la patria, lucharon desde el exterior contra la dictadura de Hitler. Cabe recordar a los escritores que trataron de señalar al mundo, con la fuerza de sus palabras, lo que estaba ocurriendo en Alemania.

Para la mayor parte de los emigrados no fue fácil dejar la patria, y para algunos también fue difícil regresar más tarde. Por ello es tanto mayor nuestra gratitud para con los que ayudaron a construir la República Federal de Alemania. Hasta hoy, su participación contribuye en gran medida a los esfuerzos actuales en pro de la reconciliación y la paz.

Permítaseme recordar a un hombre que considero uno de los más grandes héroes del siglo XX: Raoul Wallenberg. En 1944, a los 32 años, arriesgó la vida para rescatar en Budapest a centenares de miles de judíos amenazados de muerte. En 1945 fue deportado a la Unión Soviética y desde entonces ha estado desaparecido.

En mis conversaciones con el Secretario General Gorbachev, me referí a la suerte desconocida de este hombre de valor excepcional. Espero sinceramente que en este período de cambio, en que el triste legado del estalinismo se discute abiertamente en los países del Tratado de Varsovia, pueda aclararse la suerte de Raoul Wallenberg de manera verdaderamente convincente. Por ello es muy grato que las autoridades soviéticas hayan invitado recientemente a Moscú a parientes de Raoul Wallenberg.

## VI

Hoy, 1° de septiembre, quiero dirigirme en particular a los jóvenes de Alemania. No les corresponde culpa alguna por la dictadura y la guerra mundial, ni colectivamente, porque no existe la culpa colectiva, ni personalmente, porque son demasiado jóvenes. Sin embargo, sí les cabe responsabilidad, porque el pasado permanece con nosotros. Ningún alemán puede huir de éste. Pero pensemos siempre que la carga de la historia también constituye una oportunidad. El que conoce la historia de este siglo comprende mejor los peligros y las seducciones de nuestro tiempo. Opongámonos también a la tentación de despreciar hoy el patriotismo y el amor a la patria porque en el período nacionalsocialista se abusó de esos valores. Desdeñar el patriotismo equivaldría a aceptar, sin querer, las intenciones de Hitler. El Coronel General Ludwig Beck, que participó en el intento de asesinato del 20 de julio de 1944, comprendió esto y escribió una vez con gran alarma: "Ese hombre no tiene patria".

El amor a la patria y el amor a la libertad, el patriotismo y la conciencia de ser europeo no deben jamás volver a seguir vías distintas; esta es la conclusión a que debemos llegar.

Asimismo, es indispensable vincular inseparablemente las virtudes como el valor, la lealtad y la dedicación a las normas morales fundamentales. Por ejemplo, los soldados de las Fuerzas Armadas Federales no juran lealtad a una persona determinada, pero se comprometen a defender los valores incorporados en nuestra constitución liberal, la Ley Fundamental, promulgada hace más de 40 años.

## VII

Los fundadores de la República Federal de Alemania forjaron esta segunda democracia alemana a la luz de la experiencia de la historia de Alemania. Llevaron a nuestro país nuevamente por el camino de las tradicionales liberales, que ni la guerra ni la tiranía pudieron destruir.

Podemos enorgullecernos de nuestra constitución liberal, en la que

- reconocemos la precedencia absoluta de la dignidad humana en todas las esferas de la vida;

- rechazamos la guerra y la fuerza como instrumentos de política, así como todo revanchismo, decisión que fue apoyada por los alemanes expulsados en la Carta de Stuttgart de 1950;
- nos comprometemos al logro del objetivo de una Alemania libre y unida en una Europa libre y unida.

Es una muestra de profunda humanidad que los autores de nuestra Ley Fundamental hayan concedido derecho a asilo a las víctimas de persecución política, religiosa o racial. La calidad humana de una sociedad queda demostrada no sólo por el respeto a la libertad y la dignidad de sus propios ciudadanos, sino también por la atención a las víctimas de la fuerza y la represión en otros países.

Todas estas decisiones prepararon el camino para que nuestra sociedad fuera reconocida como un miembro de la comunidad mundial que ama la paz y está comprometido al logro de la libertad y la justicia en un nivel que nadie se habría atrevido a imaginar en 1945, al finalizar la guerra y la tiranía. Es grato poder afirmar esto hoy, cuando han transcurrido 40 años desde la fundación de la República Federal de Alemania.

Somos testigos del inicio de una nueva era en Europa y debemos estar dispuestos a desempeñar un papel importante en su desarrollo. Europa, en realidad la totalidad de Europa, se enfrenta a cambios trascendentales, a una transformación radical en las esferas económica y social. Por primera vez desde el fin de la guerra, existe la perspectiva de dejar atrás las sombras del conflicto entre Oriente y Occidente.

Los acontecimientos que ocurren en nuestro viejo continente fascinan a los pueblos de todo el mundo. ¿Qué nación puede tener mayor interés en la promoción de la libertad que la nuestra? La desintegración de estructuras osificadas de decenios en Europa alienta nuevas esperanzas respecto de la unificación de nuestra patria.

El tiempo actúa a favor de la causa de la libertad, no en contra de ella. Así pues, en este día de conmemoración, volvemos también la mirada al futuro. No obstante el pesar con que recordamos el 1° de septiembre de 1939, tenemos conciencia de nuestra responsabilidad para con las generaciones futuras. Algún día nos juzgarán según si hemos sabido sacar las debidas conclusiones de la guerra y de la dictadura y si hemos podido estar a la altura de la tarea de crear por último un mundo mejor y más pacífico.

Imaginamos un futuro en que las naciones del mundo vivan unidas en paz, en una libertad común, y no cejaremos en nuestros esfuerzos hasta que esa imagen se haya hecho realidad. Recordando el 1° de septiembre de 1939, sabemos que éste es el legado más valioso que podemos dejar a las generaciones futuras.

-----